

---

## Teatro en el remolino



Un capítulo de la biografía de Luis  
Mendoza López

por Margarita Mendoza López

“Bajo muy malos auspicios principia el año de 1915... balaceras y tremolinas... en teatros, restaurantes, cantinas y aun en la vía pública, entre militares zapatistas, carrancistas o villistas, ya que frecuentemente evacuaban y ocupaban la ciudad tropas de tales facciones...”

Cada una de las facciones que se

apoderaba de la capital emitía su propia moneda y dejaba sin valor la que había hecho circular el anterior caudillo. Por eso los capitalinos no querían conservar ni “sábanas”, ni “bilimbiques”, ni “cartones”; más valía gastarlos y divertirse, pues con encerrarse a piedra y lodo en sus casas nada se remediaba, y acabaron por acostumbrarse a los disparos que se oían en cualquier calle y a las rondas de soldados que detenían a los transeuntes con el clásico grito de ¡Quién vive!, apoyado por fusiles y pistolas listas a disparar.

En este ambiente tan poco apacible

---

el negocio teatral era uno de los mejores; varios hombres de empresa invertían dinero en él o los mismos artistas se convertían en empresarios, que presentaban temporadas de comedia, abarcando esta clasificación los dramas, las tragedias y los sainetes.

Sin embargo, el género musical era el preferido y había espectadores que, en una misma noche, iban a dos, tres y hasta cuatro teatros distintos para ver, en cada uno de ellos, una "tanda" o sea una zarzuela de género chico cuya duración no excedía de una hora u hora y media; otros preferían la zarzuela grande, en tres o cuatro actos o bien la recién llegada opereta, mal llamada "vienesas" o la vernácula "revista mexicana", nacida pocos años antes. El público estaba integrado por espectadores activos, que aplaudían a rabiar lo que les parecía bien y "meneaban", a rabiar también, lo que consideraban estaba mal. La ópera seguía siendo un espectáculo popular y se presentaba constantemente en funciones dominicales, salvo alguna excepción, y había empresarios dedicados exclusivamente a este género, como el ya citado Cubas Rojas que, en este ingrato año de 1915, forma una Compañía de Ópera con cantantes jóvenes, mexicanos la mayor parte de ellos, como la soprano María de la Fraga, que encabeza el elenco, Biche Bizzorni nacida en Italia pero formada en México, la contralto María Haller, Gerónimo Galián, que debutaban en el país, Viglioni, italiano también; como tenores, Edmundo Anaya y Manuel Mendoza López, quien ya tenía un cierto nombre en el mundo de la ópera.

La temporada se lleva al cabo en el Teatro Ideal, el de la calle de Dolores, inaugurado el año anterior de 1914

Dejo a mi padre la palabra para refe-

rir esta temporada que comienza el mes de febrero y termina en abril.

"Yo no sé cómo le hacíamos, pero cada ocho días poníamos una obra distinta. La mayor parte de nosotros éramos jóvenes que empezábamos y por ello mismo no teníamos puesto todo el repertorio. A toda prisa ensayamos el Fausto y Romeo y Julieta de Gounod; Aída, Trovador y Rigoletto, de Verdi; El Barbero de Sevilla, de Rossini: La Cavallería Rusticana, de Mascagni y los Ensayos, de Leoncavallo. Además, Los Hugonotes, y La Africana, de Meyerbeer y La Gioconda, de Ponchielli.

El dueño del teatro era el señor Félix Barra Villela, y viendo que Cubas Rojas estaba haciendo magnífico negocio, le entró la ambición y pretendió quitarle el teatro para continuar el negocio él.

Cubas Rojas se opuso y Villela le hizo un juicio de desocupación del local. Cubas Rojas no tenía firmado contrato de arrendamiento, pero tenía los recibos de la renta que pagaba a Villela, que era de doscientos pesos mensuales. Villela, desde ese momento, se negó a recibir el importe de la renta; Cubas Rojas, que era abogado, lo depositaba en el Juzgado.

Las cosas llegaron a un grado increíble: Cubas Rojas puso un centinela armado, que rondaba el Teatro; Villela armó con un revólver al Guardacasa para que impidiera la entrada a Cubas Rojas. Así pasaba el tiempo y no había manera de echar fuera a Cubas Rojas. En esto, llega a México el General Amarillas, que era compadre de Villela y Jefe de las Armas en Irapuato. Villela le pide ayuda y éste se presenta en el Teatro con un piquete de zapadores que echó abajo la reja de madera que había a la entrada; sacó a la calle todas

---

las butacas y levantó la madera del piso del escenario.

Así acabo la temporada en el Ideal.

Cuando todo esto sucedía, ya no vivíamos en la pieza cercana al Teatro Arbeu, sino en una pequeña casa, entresolada, en las calles de Revillagigedo; yo tenía una nana, llamada Amalia, y la ciudad estaba hambrienta, pues no llegaban comestibles debido a que los revolucionarios se apoderaron de los vagones y de las máquinas de los ferrocarriles para movillar a sus respectivas huestes. Ni a precio de oro se conseguían alimentos. Desde el amanecer se veían largas filas de personas haciendo colas ante algunas droguerías, pues en ellas era posible comprar el único combustible que por entonces se usaba, el carbón, y estaba racionado. Mientras mi padre y Amalia, cada uno por su lado, hacían lo posible por conseguirlo, mi madre y yo, que tenía un año de edad, adquiríamos lo que se podía. Pero no eran éstas las únicas calamidades que padecía la ciudad, aunque ya eran suficientes para colmar el plato al más paciente. Una devastadora epidemia de tifo se desató. A pesar de los esfuerzos de las autoridades para combatirla, el número de enfermos alcanzaba cifras aterradoras, según informe de la Secretaría de Gobernación. No se limitó el tifo a la ciudad de México y poblaciones aledañas, en las que era endémico y, por consiguiente, benigno, sino que llegó hasta la región norteña y en Torreón cayó gravemente enfermo Manuel mi tío, quien al desbaratarse la temporada del Teatro Ideal, se incorporó a una compañía que hacía una gira por esos lugares.

Las malaventuras son infinitas: el hambre arrecia, la lucha por el poder continúa encarnizada y, con ella, las escaramuzas y los tiroteos: el tifo no

cede y las autoridades sanitaria ordenan el cierre de los teatros y de todos los lugares en donde pueda haber aglomeración, mas sin esperar a que la epidemia desaparezca, los pesados telones de boca de los foros suben y dejan al descubierto los escenarios y a los artistas que distraen a los espectadores de sus penalidades. El joven barítono Luis Mendoza López, maestro de ensayos, repasador y atento a aprender todo lo que al teatro se refiera, ha visto que varios artistas son empresarios de sus propios negocios. ¿Por qué no va él a hacer lo mismo? Forma un cuadro, o sea un conjunto poco numeroso, y en el Teatro Alcázar estrena sus dos primeras composiciones teatrales: *Ninon* y *Pobre Butterfly*, en un acto cada una de ellas, y son cantadas por la soprano María Bustamante y por el tenor Carlos Enciso; toma parte, además, Carlos Pardavé.

En la hoja primera de la partitura original de *Pobre Butterfly* escribió mi padre, con su letra izquierdilla de rasgos firmes y precisos, lo siguiente: "Dedicada a mi esposa. Música del Maestro Don Luis Mendoza López. Libro de Don Enrique Schwerdtfeger". El lector de estas cuartillas ya sabe que se trata de una misma persona, pero hago hincapié en el detalle, para evitar confusiones al historiador del género musical mexicano.\*

Así, en este año de hambre y de muerte para México, en el que los desastres se suceden unos a otros, y en el que la lógica y la sensatez harían pensar en la desaparición del espectáculo teatral, se inicia la vida de empresario y de compositor de Luis Mendoza López.

Termina la aventura porque recibe

---

\*El segundo apellido de don Luis era Schwerdtfeger.

---

un llamado de la Empresa del Teatro Principal, y a los pocos días debuta cantando el barítono de *La Corte del Faraón*, el guerrero romano Rutifar. A mi madre le pareció que a él sentaba tan bien el traje aquél que le dijo: ¿Por qué no te sacas un retrato?. Mi padre, complacido por el halago no espera que se lo digan dos veces: bajo el túnico se pone los pantalones y sobre el oro-pelesco atuendo, en el que destaca la dorada coraza, se echa una capa española, de las de círculo completo, que le sirve para ocultar el aparatoso casco y la cimitarra, pero no tanto como para que los soldados de la ronda, que salen al paso en el trayecto a casa, no sospechen que algo se oculta. Al tiempo que lanzan el ¡quién vive!, abren la capa y al mirar el atuendo que mi padre vestía se quedan atónitos, y aún más con la explicación: “Es el traje de Putifar: no tuve tiempo de cambiarme”. Los soldados se miran unos a otros, pensando de seguro que trataban con un loco, hasta que se le ocurrió decir lo que debería haber dicho desde un principio: “Somos artistas del Principal. Acabo de cantar una obra que se llama *La Corte del Faraón*. Mañana la ponemos también. Vayan y digan que el barítono Luis Mendoza López los invitó”.

Mientras tanto, los soldados veían que la cimitarra, que es una especie de sable curvo, no era sino un pedazo de madera dorada y que más filo tendría una maldición.

Nos dejaron seguir nuestro camino, que era el mismo que todas las noches recorríamos, pues nunca iba mi padre solo al teatro. Mi madre, a quien llamaban “la señora chiquita”, por su cuerpo pequeño y delgado, conversaba con los artistas mientras que yo, dando traspiés, me apoderaba de los zapatos de Consuelo Vivanco y convertía su camerino

en mi cuarto de juegos. ¡Gran cariño debe haberme tenido la excelente tiple cómica mexicana para soportar mis tropelías!

Pero una noche mi madre no reía sino que lloraba desconsolada y decía entre sollozos: “¡Se llevaron preso a papá!”

Don Manuel Sierra Méndez, que era uno de los empresarios del Principal, le dice: Veamos, mi señora chiquita, no se aflija y cuénteme lo que pasó.

Entre sollozo y sollozo, la “señora chiquita” responde: “Chano mi cuñado estaba escondido en la casa de papá, en Tacubaya. Llegaron unos soldados para aprehenderlo, por quién sabe qué cosas de política; papá no los dejaba entrar, para darle tiempo a que escapara; cuando los soldados entraron Chano ya no estaba y entonces se llevaron a papá”.

El gentil empresario, que todas las noches llegaba al teatro vestido de frac y con una margarita en el ojal, contó lo acontecido al General don Pablo González que, como siempre, ocupaba un palco, y obtuvo de él una tarjeta en la que ordenaba la inmediata libertad de don Manuel García Durán, orden dirigida al General Francisco Artigas, causante de la aprehensión.

Al día siguiente, se presentó mi madre en Palacio y Antigas, despótico y arbitrario, negó que la persona a quien la tarjeta se refería estuviera detenida; pero la casualidad hizo que mi madre alcanzara a ver a mi abuelo, recluído en una de las oficinas y gritó: ¡Allí está papá! Artigas no tuvo más remedio que acatar la orden del General González.

En ese agitado ambiente de aprehensiones arbitrarias, se desarrolla la Temporada de Zarzuela Unión Teatral, de

---

la que son empresarios el culto y elegante caballero mexicano don Manuel Sierra Méndez y dos españoles, de larga residencia en el país, el libretista don Luis T. Maurente y el terrateniente y hombre de negocios don Benito García Prieto. La temporada comenzó el 22 de agosto del siniestro año de 1915 y terminó en el no menos fatídico de 1917, cuando ya don Manuel Sierra Méndez había fallecido. Antes de que terminara la temporada, mi padre se separó, pues el licenciado Cubas Rojas estaba organizando otra Compañía de Opera, para el Teatro Hidalgo, el que estaba situado en la calle de Regina y que fue demolido a los mediados de este siglo XX.

“Nuestra temporada fue durante los meses de junio, julio y agosto de 1916. Don Adolfo de la Huerta había reconstruido el local y le llamó Teatro de la Opera. En la fachada está grabado este nombre” —comentaba mi padre— .

La popularidad de la ópera en México era innegable, puesto que ni los tiroteos, ni la danza de la moneda ni el hambre ni el tifo fueron capaces de acabar con ella; prueba de ello es que, al mismo tiempo que Cubas Rojas hacía su temporada en el Teatro Hidalgo, el maestro de canto sonoreense, José Pierson, presentaba a sus discípulos en el Arbeu, reunidos en una muy bien organizada cooperativa a la que dio el nombre de Compañía Impulsora de Opera. “La competencia era de las que hacen mella y tanto Pierson como Cubas Rojas se esmeraban porque las cosas salieran lo mejor posible”.

Termina la temporada de Cubas Rojas y Luis Mendoza López pasa a la Compañía de Opera de Manuel Sedano, con quien había ido a Guatemala. En esta ocasión, el destino tenía preparada a mi madre una sorpesa: iella sería la

apuntadora!

Se trataba de una gira que se inició por el Estado de Veracruz y, después de hacer varias plazas, llegaron a San Andrés Tuxtla, poniendo *La Tosca* en la última función. La soprano italiana Emilia Leovalli interpretaba la cantante toscana Floria y el barítono mexicano José Torres Ovando al Jefe de la Policía romana, Barón Scarpia.

Al recordar esta representación, contaba mi padre:

“La hicimos en medio de gran pánico porque una facción revolucionaria estaba entrando a la plaza y la que la tenía ocupada oponía resistencia: todo eso sucedía a la hora de la función. Oíamos perfectamente la balacera. Creo que nosotros estábamos más nerviosos que el público. Al traspunte se le olvidó poner, en la mesa que está servida para la cena de Scarpia y Floria, el cuchillo con que ella debe matarlo; nada había con qué hacerlo, y para que la obra pueda continuar, Scarpia debe morir. En vista de todo esto, la Leovalli simuló verter algo en el vino y, al beberlo Torres Ovando, se desplomó: por esa vez iel Barón tuvo que morir envenado!

Al día siguiente salimos para Tlacoatlpan y en un lugar del camino estaba un rancho haciendo señas con su sarape, el maquinista se detuvo y el rancho le dijo: Allí adelantito está una gavilla esperando al tren para asaltarlo. Los hombres nos bajamos del tren, menos un español que nos había estado dando lata contándonos sus proezas de valor. Todos estábamos muy preocupados porque sabíamos que las gavillas que asaltaban los trenes no respetaban a nadie. El conductor hizo que un garrotero se subiera a un poste del telégrafo y alcanzó a ver a la partida de rebeldes. Se comunicó con el Jefe de las Armas, que era el General Heriberto

---

Jara y como a las cuatro horas llegó un Capitán con cuatro soldados, cuando nosotros pensábamos que llegaría un tren militar en nuestro auxilio: Lo primero que hizo el Capitán fue gritar: "Catrines de la ciudad que no más dan molestias al ejército, ¿dónde está esa partida famosa?" Colocó a los cuatro soldados en la trompa de la máquina, él, pistola en mano, caminaba por en medio de la vía y ordenó al maquinista que lo siguiera. La señoras se tiraron al suelo, nosotros nos guarecimos lo mejor que pudimos y el español, que dizque era tan valiente, hacía buen rato que estaba escondido debajo de un asiento. Llegamos al lugar donde se suponía estaba la gavilla y no había nadie; de seguro que, igual que nosotros, pensó que llegaría un tren repleto de soldados y optó por desaparecer. El Capitán, ya subido en la máquina, nos acompañó hasta Alvarado y nosotros quisimos manifestarle nuestro agradecimiento ofreciéndole algo de dinero que reunimos, pero él no quiso aceptar un solo centavo.

En la noche llegamos a Alvarado y el barítono Honorato Carrasco, que era también el representante de la Compañía, arregló con unos lancheros que a esas horas nos llevaran a Tlacotalpan, pues debutábamos al día siguiente. En una de las barcas iba Honorato con su esposa, que era la soprano Ada Navarrete, el bajo italiano Alejandro Panciera con su hija Eva, Manuel mi hermano que milagrosamente se había salvado del tifo y la soprano dramática Pilar Rocha, Biche Pizzorni, el tenor dramático Edmundo Anaya, el barítono Carlos Cortés, los bajos José Corral y Angel H. Ferreiro, además de Rafael Camacho Vega que también se encargaba de la tramoya. Salvador

Quiroz (Guirela) que iba haciendo los comprimarios y nosotros tres: tu mamá, tú y yo. En la otra barcaza el guardarropa que llevaba el vestuario, que nos alquilaba Sigaldi, el traspunte, el archivero y el coro; éramos más de cuarenta personas. De pronto se armó la de Dios es Cristo. El lancharo de nuestra barca se metió en las redes de unos pescadores; se dijeron maldición y media, se amenazaron con los remos, la barca se tambaleaba; entre nosotros habían metido a una señora que estaba loca y la llevaban al Ingenio de Santa Fe y a cada rato se quería echar al agua. Aquello era un pandemio. Por fin, llegamos a Tlacotalpan, era la media noche pasada. Quisimos ponernos de pie y no pudimos, iestábamos pegados en las bancas! El lancharo las había enchapopotado y no nos dijo que todavía estaba fresco!

En Tlacotalpan no había cuartos desocupados en el hotel, pero don León, que era el dueño, juntó las mesas del comedor y sobre ellas pasamos lo que quedaba de la noche. Claro está que nadie se desvistió, pero don León nos dio una sábana para tres o cuatro de nosotros, y cuando alguno quería moverse decía: ¡ia la derecha!, ¡ia la izquierda! Apenas amaneció volvieron las mesas a servir para lo que eran y don León procuraba espantar las nubes de jején con un gran abanico, como los que nosotros usábamos en *Aída*".

Según me cuentan, yo me la pasé, envuelta de pies a cabeza, en papel de periódico, pues era lo único, tal vez por la tinta de imprenta, que no traspasaban con sus piquetes los mosquitos.

"El público de Tlacotalpan era muy conocedor de ópera y estaba empujado en que pusiéramos la *Carmen* --proseguía contándome mi padre --, pero el

---

caso era que no teníamos la partitura; pero yo, que entonces tenía una memoria privilegiada y conocía muy bien la obra, la escribí una noche. El público se enteró de mi proeza y, en cuanto me vio aparecer, me dio una gran ovación.

De regreso a México trabajamos en Puebla, y por poco me muero allí. Todavía muy grave tomamos el tren y al pasar por Apizaco vimos un espectáculo dantesco: una gavilla acababa de volar un tren lleno de niños, que había salido de Puebla, antes que nosotros. A los pocos días se fue la Compañía a Teziutlán; yo no pude salir porque seguía muy enfermo. Me alivié, por fin, y nos fuimos a Zacatecas, en donde estaba haciendo un frío endemoniado; teníamos que esperar, en la estación, el tren que pasaba a la media noche; tu mamá lloraba de frío y yo te cargaba y te abrigaba lo mejor que podía".

Yo, que estoy escribiendo estas cuartillas, basándome en las conversaciones que con mis padres he tenido y que fui tomando taquigráficamente, allá por los años de los cincuentas, me sorprende al comprobar que las compañías se aventuraran a viajar en medio de tantas incomodidades y peligros, pero así era y por ello es que aseguro que la Revolución no tuvo ninguna culpa en la honda y profunda decadencia a que el espectáculo teatral llegó en los siguientes años. De las causas y motivos que arruinaron al teatrista y le privaron de su medio de expresión hablaré en el momento oportuno, por ahora sigamos el hilo, el tren llegó a Zacatecas, lo abordamos y arribamos a la ciudad de México en los primeros días de noviembre, pero un telegrama nos obligó a emprender, inmediatamente, otro viaje más, a Guadalajara, pues mi abuelo estaba enfermo de gra-

vedad. La lentitud del ferrocarril, las constantes detenciones en el camino para dejar el paso libre a los trenes militares hicieron que llegáramos cuando el doctor don Miguel Mendoza López acababa de expirar. Permanecimos en la capital tapatía los días necesarios para los funerales y, los amigos de mi padre que iban a presentarle sus condolencias, le felicitaban, aunque la ocasión pareciera inadecuada, porque se había abierto camino en la ciudad de México, al mismo tiempo que le hacían ver que en Guadalajara bien podría hacer temporadas permanentes de ópera, pues todos los cantantes le ofrecerían su concurso. Estaban ansiosos por presentarse ante el público y consideraban que él, Luis Mendoza López, era la persona adecuada para esta empresa. Claro está que mi padre se sentía halagado, pero tenía apalabrados, en la ciudad de México, a la soprano María Rugama y al Tenor Carlos Enciso para encabezar un cuadro que se presentaría en Tlacotalpan y en las poblaciones intermedias entre esta población y la ciudad de México. Así pues, volvimos a meternos en los destartalados vagones y yo volví a mi sitio, debajo de uno de los asientos, en espera de los tiroteos, que menudeaban, y que lo mismo venían de un bando que de otro. A los pocos días de haber regresado a la capital del país, la emprendimos hacia el sur y el éxito en Tlacotalpan fue como se había supuesto. Don León continuaba en su tarea de espantar las nubes de jején, yo quedé otra vez inmersa en el papel periódico y los tlacotalpenses patentizaban su agrado con ovaciones entusistas y hacían presente su simpatía obsequiando a los artistas con diversos regalos; María Rugama recibió, la noche de su beneficio, un pequeño arbolito que era

---

---

un ascua, pues de cada una de sus ramas pendían moneditas de oro.

Regresamos a la capital y la temida influencia española que venía de Europa, asoló a la nación mexicana, mi padre enfermó y, apenas convaleciente, ingresa a la Compañía de Opera que se formaba para trabajar en el Teatro Fábregas. Hablando de esta temporada, contaba mi padre:

“Estuve a punto de perder la paciencia, porque jamás me había encontrado con una voz tan buena en una cabeza tan dura como la del barítono Manuel Romero Malpica. No había manera que le entrara el Zurga de *Los Pescadores de perlas* ¡y eso que yo tenía fama de saber enseñar! Total, a última

hora se rajó y yo tuve que cantar la obra. Después vino la *Lucia*. Manuel mi hermano hacía el Edgardo. Le aplaudieron mucho la romanza del último acto, que canta ya moribundo y lo obligaron a repetir. Yo estaba apuntando, en la concha, y me di cuenta que estaba haciendo verdaderos esfuerzos, cosa extraña, pues la obra le venía muy fácil; lo miré preocupado y alcancé a ver que en su camisa aparecía una mancha roja y a los pocos instantes se desmayó. Inmediatamente subió al escenario un médico que estaba entre el público; Manuel se había herido de verdad, pues al traspunte se le olvidó ponerle el corcho al puñal que, además, estaba muy filoso.